

EL NUEVO EVANGELIO

(SEGUNDA ÉPOCA DE "EL EVANGELIO,,")

Año I.—Número 9

PERIÓDICO BISEMANAL REPUBLICANO

Madrid 20 Agosto 1903

EL NUEVO EVANGELIO

Se publica los jueves y los domingos.

SUSCRIPCIÓN

En Madrid, trimestre . . . 1.50 pesetas.
Provincias, semestre . . . 4 —
Extranjero, trimestre . . . 5 —

Número corriente, 5 cts.—Atrasado, 10.

OFICINAS: MALASAÑA, 11

DESQUICIAMIENTO

A juzgar por las impresiones optimistas de la prensa ministerial y por la *sensata* oposición—salvo raras excepciones—de la «enfrente», diríase que vivimos en el mejor y más feliz de los mundos habitables.

Nada revela la presencia de los peligros que entraña el indefinido aplazamiento en la resolución de los problemas políticos, social y económico; nada el divorcio del gobierno con el país, ni la crisis latente de aquél ni la atonía cuando no la descomposición de éste. Contentáanse los del lado de acá del ministerio con hacer recuento de votos, calcular actitudes y explorar voluntades; bastales á los que forman del otro lado con la crítica negativa, con la sistemática oposición á todo y á todos, si muy justa y merecida ahora, y por eso menos necesitada de ampararse siempre en afirmaciones de práctica é inmediata realización.

Por esto el país oye ya como quien oye llover las periódicas declaraciones de nuestros inevitables políticos, cuando lanzan al viento sus quejas en la oposición ó hacen el amor al presupuesto, objeto y fin—como es sabido—de todos sus desvelos y trabajos.

En muy pocos días, y después de ¡jun mes! de absoluto mutismo, «rompen á hablar» Villaverde, Vega Armijo, Montero Ríos, Puigcerver, Romero... Los de siempre y para lo de siempre. Para decir al pobre Juan Lanas—más conocido por «el perfecto español»—lo que ya de sobra sabe y lamenta, lo que no tiene remedio mientras ellos continúan arriba disfrutando y Lanas esté abajo padeciendo.

¿Que tienen razón en sus quejas? ¡quién lo duda! Puigcerver, Montero, Vega Armijo y cuantos como ellos utilizan la oposición como escala del poder, no titubean en identificarse con los sentimientos del país siempre que en ello encuentran cómodo vehículo para la más fácil realización de sus esperanzas.

¿Llegaron? Pues á despedir al coche, y... sin propina. ¡A fe que los derrotados lo ocuparán bien pronto con la misma sana intención de no pagar jamás sus servicios!

Y en tanto la gran prensa—aplaudido augurio de todos los *clowns* políticos de campanillas—sigue preocupándose de lo que piensan, de lo que dicen y de lo que proyectan Melé, conservador; Pelé, liberal, y Furcio, reformista.

¿De lo que proyectan? No, de eso no puede preocuparse nadie, porque precisamente el no proyectar, acometer, ni solucionar asunto alguno, ni en el gobierno ni en la oposición, marca la característica de los políticos al uso.

¡Oh! el día en que á la crítica de los actos de un gobierno se acompañe el oportuno contraproyecto con factibles soluciones para los problemas pendientes, aquel día habrá esperanzas, por lo menos, de que el que venga detrás no perderá su tiempo en estudiar lo que ya trae sabido, y será cosa fácil descubrir al charlatán y exigir responsabilidades al falsario.

Si esto se hiciese; si viviésemos en un país que diera menos crédito á las promesas y á la huera palabrería, el partido conservador no estaría ya en el poder, ni se escucharían sin rechifla las viejas e insípidas declaraciones de los aspirantes á alcanzarlo.

Se dijo á raíz del desastre que era necesario cambiar de procedimientos, «romper moldes», «buscar nuevas orientaciones»; lo que no se dijo—es decir, lo que no se quiso oír, porque bien claro se dijo—es que hacía falta cambiar de hombres, barrer á los caducos, á los fracasados, á los funestos... y, como las mismas causas producen los mismos efectos, la política llamada de la regeneración no ha servido para otra cosa que para seguir pasando de matute todo el género averiado.

Así es que nadie, ni el propio Silvela, ya arrepentido de haber traspasado el poder á quienes apenas se llaman Pedros, sabe qué es lo que va á suceder en España. Y nadie lo sabe, porque en el estado á que han llegado las cosas dependen las soluciones de azares de momento que

pueden demandar desde el carro de la basura hasta el mandamiento de prisión.

Bien puede asegurarse que jamás hubo en la Historia de la Restauración un momento tan solemne como el presente. Y por creerlo, estoy convencido de que en estos días no es la política, ni el turno, ni el régimen, los que juegan la carta decisiva. La carta decisiva la está jugando la nacionalidad española.

Todo está desquiciado. Los fusionistas andan zarpa á la greña, y ni el cielo con todos sus milagros es capaz de unir con vínculos duraderos á los primates del lis beralismo; los conservadores, desorganizados aún, miranse con desconfianza, y si Silvela, Dato y Maura recelan unos de otros, más aun de ellos recelan desde Villaverde hasta Sánchez Toca; los *dispersos* campan en su santa indisciplina, y tanto Romero cuanto Canalejas y López Domínguez constituyen fuerzas negativas que, en vez de servir para edificar, valen tan sólo para destruir.

Sin organización, sin fe, sin ideales, sin que nadie piense más que en el hoy y olvidándose todos del mañana, careciendo todos los partidos y todos los grupos y todas las fracciones de la cohesión necesaria, hablar de soluciones políticas es... ¡hablar de la mar!

Gracias á que de este desquiciamiento surgirá algo nuevo, algo redentor. El país, irresponsable de los pasados y de los presentes yerros, se apresta á volver por lo suyo.

Consolémonos; la historia se repite. Esto traerá lo otro.

Ignacio de Santillán.

Los perturbadores trashumantes Y LOS TRASHUMANTES DEL PERIODISMO

Sabíamos, hasta ahora, que una misma pluma injurió á Cánovas para casi canonizarlo después; que un mismo periódico incensó á Weyler y después le llamó perro judío; que un mismo Panza fué diputado en Abril con los liberales, y senador en Mayo con los conservadores; todo esto sabíamos, y algo más, y á pesar de saberlo, nada de esto nos asombró hasta ahora.

Ahora, leyendo una serie de tonterías tan faltas de sentido que parecen dictadas por García Alix; viendo unos argumentos falaces, como escritos por pluma ejercitada, y notando que argumentos y tonterías van contra uno de los hombres más gloriosos de nuestro siglo, contra el sabio é integerrimo publicista Eliseo Reclus, nos asombramos ¿qué asombrar? nos indignamos contra esos trashumantes del periodismo, que entre la col y col de su falta de dinero ponen la lechuga de su periódico.

¡Si será menester para que respetemos á Eliseo Reclus, al revolucionario altruista, el visto bueno de Gobernación y el refrendo de los adoradores del Becerro de Oro!

LA RIQUEZA OCULTA

Ladrones y encubridores

La investigación de la riqueza oculta en Andalucía ha servido, al fin, para algo. Para comprobar oficialmente lo que ya sabíamos casi todos los españoles: que la mayoría de los grandes terratenientes, de los endiosados propietarios que no pueden vivir por las exigencias de la gente jornalera, son sencillamente unos estafadores miserables del Tesoro público.

De las citadas investigaciones resulta que se confesaban **85.917.317** pesetas y que se han comprobado **141.110.584**, es decir, ¡el 64 por 100 de ocultación! nada menos.

Y preguntamos nosotros: ¿qué han hecho y para qué han servido en Andalucía los delegados, los administradores, los recaudadores, los investigadores y los empleados todos de Hacienda que no averiguaron en tantos años lo que ahora se ha descubierto con un poco de buena voluntad en días ó acaso en horas?

El secreto de la defraudación de esos cincuenta y seis millones hay que buscarlo en otra parte. En el expediente, en la influencia del cacique, en el compadreo del político, en el *do ut des* de la política inmoral, de granjería, que ha envenenado la administración, y á cuya sombra improvisaron sus fortunas los hombres que la víspera de ser personajes eran insolventes y al otro día de dejar el puesto propietarios ó capitalistas.

Si se pudiese orear ese ministerio de Hacienda, hallaríamos entre sus empolvados expedientes la historia de muchas cosas inexplicables, el secreto de millares de vergüenzas.

Un colaborador nuestro, descubrió en el antiguo EVANGELIO tales y tantas de aquellas que en cualquier país del mundo bastarían para que hubiesen perdido

sus puestos los directamente acusados. Aquí no. Oya, el director del Tesoro, don Zenón del Alisal et sic de coeteris siguen y seguirán sin defenderse, sin desvanecer los cargos.

Y mientras los poderosos no pagan lo que deben, y las llamadas clases directoras estafan al Erario y los obreros no comen y en Hacienda hay cientos de expedientes *sin resolver* contra las empresas ferro viarias, y en Aduanas se persigue al de nunciador y se protege á los acusados; la gran prensa se entretiene en averiguar lo que piensan y lo que proyectan los exministros y los políticos responsables de tanta vergüenza; y el pueblo, el buen pueblo, no levanta el puño ni interrumpe la tranquila siesta de los *beati possidentes*...

Desde este número, para mejor distribución del trabajo y facilidad de la venta se publicará EL NUEVO EVANGELIO LOS JUEVES Y DOMINGOS.

Frutas del tiempo

EL CAMBIO DE FUENTES

De Jetafe al Paraíso ó viceversa.

¡Ay, pobre Antonio Fuentes! Sumiso á la etiqueta humillas, con tu brindis, la espada y la muleta, y cambias los terrenos para quedar muy mal... ¡Qué triste inconsecuencia la de la gente moza! ¡Qué irreflexivo fuiste brindando en Zaragoza! ¡Qué pase más movido...! ¡Qué par más des igual! Se siente en nuestro campo mortal melancolía; desde que diste el quiebro con tanta maestría á punta de capote te alejas sin dolor.

La gente, que te adora, con ilusión te aclama... ¡Sí, piensa perdonarte tu poco de jindanai! Ven, que necesitamos un bravo matador. ¿Se te coló el novillo? No intentes disculparte. Si no vuelves la cara podemos perdonarte. Te hacemos hoy el quite... y no hay más que decir. Mas ten presente, socio, que cuando llegue el día... se acaba para siempre la brava torería, porque eso es lo primero que se ha de suprimir.

**

SOCIALISMO CONTEMPORÁNEO

A Fabio Iglesias.

Iglesias, por tu apellido mereces ser elegido para adornar un retablo... ¿Tú, marxista convencido? ¡Guarda, Pablo! Con tu credo socialista y con tu hablar sempiterno, has hecho una gran conquista, y eres el propagandista... del Gobierno... En los mitins y reuniones hablas de las elecciones... ¡Y qué manera de hablar! ¡Si oyera tus conclusiones Carlos Marx!

El auténtico Don Nicanor.

Consejos acertados

Contra la «concejalitís»

De nuevo ha dirigido Nakens su palabra á la opinión republicana, habiéndola, como siempre, con la férrea lógica de su buen sentido y con la sinceridad elocuente de sus entusiasmos.

La «concejalitís», enfermedad endémica de los partidos monárquicos y que amenazaba ahora invadir el campo de la República, ha encontrado en Nakens un higienista formidable, dispuesto á poner en práctica todos los procedimientos que aconseja la más exigente profilaxis.

¡Adelante, maestro! No irá usted solo en esta labor patriótica.

Los verdaderos republicanos, los demócratas convencidos, cuantos luchan por la idea sin otra ambición que la de ser útiles en la obra magna de la reconstitución nacional, están en el deber de avisar con tiempo á los ilusos, repitiendo un día y otro que estas elecciones no son ni pueden parecerse, á ningunas otras de las anteriores.

El gobierno y los partidos monárquicos aprovechan esta ocasión para darnos la batalla y no podemos ir á ella sin contar antes con todos los elementos indispensables para el triunfo. Presentar ahora candidatos desconocidos de la opinión imparcial—las clases neutras y los elementos obreros—poderosísimos

auxiliares que inclinaron la balanza á nuestro favor en las elecciones pasadas y con los que imprescindiblemente hay que contar en estas—sería una falta de sentido práctico tan grande que pudiéramos pagarlo con la derrota.

Ya los diarios monárquicos desafían nos diciendo que no podremos formar una candidatura prestigiosa.

No ha de tardar mucho tiempo en verse quién tiene razón, pero ante todo, y para llevar á feliz término la labor redentora que los republicanos nos hemos impuesto, es necesario que al sacrificio de ser concejal se sobreponga el sacrificio de no revolver Roma con Santiago para que nos declaren candidatos.

Claro es que cuantos trabajan por serlo, son personas dignas de respeto y aun de los votos de sus conciudadanos, pero como exceden en tal número á las vacantes y no es caso de rifar los fajines, como humorísticamente propone Cavia, ni de disputarlos á coscorrones, lo mejor, carísimos amigos, será *comprimirse* y aguardar á que el Espíritu Santo se pose sobre vuestras cabezas.

Y no hay que insistir más, pues esto valdría tanto como negar el espíritu de disciplina y de abnegación á nuestro correligionarios.

Y esto, hoy por hoy, sería injusto y contraproducente.

Voz de alarma

LO DEL MONTE DE PIEDAD

Por virtud de las denuncias que contra el excajero del Monte de Piedad Sr. Ordoñez se han presentado, y en las cuales se acusa á dicho funcionario como falsificador de los resguardos que garantizan al público de los depósitos de valores y efectos que obran en poder del citado establecimiento, se ha levantado una polvareda que no tardará en dar serios disgustos á unos y á otros.

Hay un punto principalísimo de donde parte la desconfianza, que se nota ya en los modestos imponentes del Monte de Piedad. Y es que aun no se sabe si el Monte garantiza y responde de las operaciones hechas por su antiguo funcionario Ordoñez, ó deja á este la responsabilidad de aquellas que hiciera *por su cuenta* estafando á los confiados.

Urge que el director de la Caja de Ahorros hable muy claro, puntualizando la situación y concretando la actitud del Monte en este caso extraordinario.

Nosotros guardariamos silencio, si los perjudicados fuesen grandes empresas, banqueros ó agiotistas; pero se trata de cientos de infelices que por sus virtudes de trabajo y de ahorro merecen todo género de defensa, y no sería humano que callásemos. ¡Quién sabe si estos perderán el fruto que á fuerza de constancia y de economía consiguieron obtener de su trabajo.

Los imponentes hacen las operaciones por la garantía que los ofrece el Monte de Piedad. De ningún modo por la de un funcionario que, aunque en este caso particular no lo hayasido, puede ser muy laborioso y de probidad inequívoca; pero no puede garantizar personalmente las operaciones. La solvencia se la presta la casa, única responsable de sus yerros.

Precisa pues que, para devolver á las clases trabajadoras la tranquilidad que según parece han perdido, se hable sin reserva, con claridad, como merecen los que sin mas amparo que su trabajo entregan el producto de este establecimiento de crédito que, por serlo, deben ofrecer mas firmes garantías que la personal de un empleado cuya busca y captura se interesa por la autoridad judicial.

De lo contrario, no nos sorprenderá que cualquier día se repita en la plaza de las Descalzas el espectáculo de aquella famosa *cola* que en parecidas ocasiones formaron los alarmados imponentes.

Ya es sabido que el dinero es muy cobarde y en España, desgraciadamente, no faltan motivos para que lo sea.

En plena ebullición.

Se respiran en el ambiente caldeado, ráfagas revolucionarias que confortan y animan para las próximas peleas.

De todos los rincones de España, de las capitales, de las cabezas de partido, de las más humildes aldeas llegan noticias de grandísimos mitins, de actos imponentes de protesta, reveladores del despertar varonil del espíritu público.

Entre el sábado y el domingo se celebraron veinticinco reuniones republicanas y cerca de veinte mitins obreros.

Y al mismo tiempo el Gobierno espantado ante la formidable avancha que se le viene encima, acude á los tradicionales medios de represión, y denuncia periódicos y encierra periodistas y disuelve reuniones perfectamente legales...

¡Soberbio! El verano promete un otoño esplendoroso.

—Esto se va—dice la gente.

Y hasta la natural zafra siempre del rebelde, prepara nuestro camino dejando hacer á la ley fatal de la herencia...

Folletones de EL NUEVO EVANGELIO

En este número comenzamos á publicar la célebre obra de J. Proudhon.

¿QUE ES LA PROPIEDAD?

El carácter radical de nuestro periódico y la necesidad de que el pueblo, en lugar de permanecer unido al viejo folletín patibulario; despierte y razone y se eduque con las ideas de los grandes pensadores, nos mueve á comenzar esta labor positivamente beneficiosa, real y verdaderamente útil, con una de las obras más claras, más sólidas y más revolucionarias de cuantas se han publicado en el mundo.

¿QUE ES LA PROPIEDAD?

¿A más de un libro de verdadera vulgarización filosófica y jurídica, es el espejo de las obras sinceras. En sus páginas, de claro y aménisimo lenguaje, alienta un alma noble, un alto espíritu de caridad, una incomparable honradez.

Pedro J. Proudhon, tonelero obscuro, gramático en Besancon, revolucionario en París, poeta en su destierro de Alemania, y apostol y honrado y grande siempre, fué un rebelde admirable, austero, como después, y siguiendo sus pasos lo han sido Pi y Margall y Bobio; indomable, como hoy, al amparo de sus doctrinas, lo són Kropotkin y Carlos Malato; su obra revolucionaria y fecunda es un claro manantial de fortaleza.

Hoy, nuestro pueblo, antes que ninguna otra cosa, tanto como el comer, necesita el cultivo de su voluntad, la afirmación de sus energías, los cimientos de una rebelión del alma.

Leyendo

¿QUE ES LA PROPIEDAD?

revivirán en el explotado del taller, en el paria del cortijo, en los esclavos del tren y de la mina, las fuerzas latentes de una indomable rebelión.

A ese fin, para que despierten y se miren y no se resignen más á seguir viviendo como bestias, comenzamos la publicación de

¿QUE ES LA PROPIEDAD?

seguros de que hacemos un bien á los explotados, por cuya emancipación y dignificación hemos hecho y proseguiremos haciendo mientras EL NUEVO EVANGELIO viva. Y ahora, á leer y á meditar bien lo leído.

¡YA ESCAMPA!

Al primer tapón...

Dijo Villaverde que las economías tenían necesariamente que alcanzar á todos los misterios, y... el general Martitegui se agravó repentinamente en sus dolencias, y menudearon los caballos en los círculos militares, y el gobierno, asustado, trató, ¡como siempre!, de amordazar á la prensa con la sana intención de que toda la ropa sucia se lavase en casa.

Lo malo es que el revuelo ha trascendido y que ya no ignora nadie lo que ocurre.

Por eso será ocioso decir que la oficialidad del Ejército está ju-tamente disgustada y que su disgusto lleva trazas de exteriorizarse á podo que continúen las cosas por el camino en que las puso la intransigencia del Presidente del Consejo. Quizás este, arrepentido, trate de buscar alguna fórmula de concordia y que la suspensión de su viaje de vuelta obedezca precisamente al deseo de traer resuelto el conflicto, pero no fa ta tampoco quien lo atribuya al deseo de rehuir mod-estamente el entusiasta recibimiento que pen-saban hacerle en Madrid muchos de sus admiradores.

También han sorprendido, según se dice el gran número de peticiones de trasados que se registran en la guarnición de San Sebastián, y otras coincidencias y resoluciones que no queremos comentar, porque solo como *rumor* llegan hasta nosotros.

Solamente añadiremos, aunque quizá no tenga relación con todo lo anterior, que, según se miente en los círculos militares, los subalternos de la guarnición de esta corte, en su deseo de estrechar más los lazos de amistad y compañerismo, pensaron hace tres días elegir un sitio céntrico para pasear, á determinadas horas de la mañana ó de la tarde, todos los que estuviesen francos de servicio.

Después de discutir el asunto, parece que acordaron que el sitio sea la acera de la calle de Alcalá, que comprende desde la del Turco á Cedaceros. La id a se asegura que ha parecido de perlas á los capitanes y jefes hasta el punto de hallarse á dispuestos á secundarla.

Si es así, lo agradece á de hijo el Sr. Villaverde; porque al asomarse al balcón de la Presidencia alegrará su vista la animación de aquella amplia acera y el desfile de los brillantes unifor mes de todas las armas, cuyos é institutos del Ejército español.

Y, colorín, colorado.

Advertimos á cuantos nos remitan denuncias de abusos, ilegalidades, etc., que no las publicaremos si el autor no nos comunica su nombre y las señas de su domicilio.

CRÓNICA

Los vencidos

Constituyen legión. Son falange de infortunados a quienes la diaria batalla rindió demasiado pronto. Sus toros de luchadores, sus montones vigorosos, no pudieron derrotar al obstáculo maldito.

Avanzaron animosos, invadieron las aulas, los almacenes, las redacciones, los despachos. Tenían fe, peleaban mirando a la victoria, combatían pensando en el triunfo.

Pero esto no llegaba; las redacciones sienten plétora de escritores famélicos, que se envidian y odian, y reniegan de la solidaridad profesional ante la perspectiva de un sueldo mezquino, cobrado a trozos; los almacenes y despachos son asaltados por nubes de pretendientes, desertores de otras profesiones, que pretenden ansiosamente morder en el pan del empleo sedentario y mal retribuido; las carreras han quedado reducidas a incubadoras de presumpciosos, que anhelan el título obtenido por recomendaciones, para obtener su lista civil con fondos del Estado.

Sin embargo, algunos emancipados y ambiciosos—ambición noble—se obstinan en combatir, en vencer, en abrirse paso y conquistar un sitio en la vida; luchan y observan entonces que la conspiración de todas las impotencias les presenta obstáculos, que la fusión de todas las envidias les arrebata el ambiente donde pudieran desplegar sus energías, con la máquina neumática de sus egotismos miserables.

A pesar de eso, hay quien pretende seguir y trabaja por crearse una firma si aspira a periodista, un porvenir si pertenece al comercio, un nombre si ejerce la abogacía, una clientela si estudia medicina, pero en vano.

Los huecos se cubren demasiado pronto, y sólo los de inteligencia mercenaria y espinazo flexible, alcanzan a ocuparlos; la independencia, el carácter altivo, la honradez, la convicción del propio mérito, no es moneda cotizable en la feria de la vida.

Poco a poco, el luchador obstinado pierde las fuerzas; a su alrededor todos los denotados rugen insultos, todos los hipócritas le hacen el vacío, todos los miserables le atacan por la espalda. Cae, y con un supremo esfuerzo, vuelve a levantarse; mira al porvenir que se le aparece en la lejanía del mañana, y cobra nuevos bríos; persiste y, al cabo, se abre paso.

Pero entonces se presenta el dilema. No bastan la audacia ni el talento para vencer, y la honradez estorba en el mercado de ideas queridas; para llegar al puesto codiciado es necesario castrarse.

En este punto, algunos, abatidos ante el postrer e infranqueable obstáculo, ceden y son vencidos, viniendo; otros se niegan, y por lo mismo caen, siendo muchas veces su caída mortal.

Y el vencido que llegó, que al fin es diputado, consejero, ministro, rico y considerado porque claudicó de su ayer en aras de su mañana, reniega entonces del compañero que no quiso ser un poco canalla, que no se vendió y prefirió la miseria a la deshonra.

Y lucharon a pesar de eso! pero la *concurrencia*, que malbarata en el social mercado el género periodista, el género médico, el género empleado o ingeniero, dió al traste con sus energías, prestó sus tentativas, los cansó y llenó de desaliento, hasta que un golpe mayor que las adversidades anteriores, los anuló, los denotó del todo, los descorazonó definitivamente, y les hizo caer en el abismo de la impotencia, en la cima de la abulia.

El medio nacional, que fatalmente, en regresión atávica, nos conduce al tiempo en que sólo había dos clases verdaderas y dominantes en España, los mendigos y los ladrones, es el causante principal de tales tristezas.

Causa espanto calcular la suma inmensa de energías que se desperdician anualmente, el número infinito de cerebros inteligentes y de brazos ágiles y vigorosos cuyos servicios no se aprovechan a la juventud actual, educada por el fraude, exhaustas de fuerzas para la diaria batalla, se rinde pronto y se alista en la yernocracia y se aglomera en la empleomanía.

Y la turba de los castrados, moralmente, de los que en el naufragio de su honradez solo salvaron la impudicia, se burla de la legión maltrecha que agoniza en los empleos mezquinos, que vegeta en las secretarías de mucho trabajo y poco sueldo, y se vanagloria de haber sabido venderse a tiempo, y mira con desprecio al que no claudicó.

Y la procesión de seres macilentos, escuálidos, anémicos, que enseña sus codos rotos y sus sombreros deshilados, ya no batalla, porque perdió la energía y el valor, y la tenacidad, pero aún saca fuerzas de su rabia, y sangre de su linfa, y voluntad de su abulia, para escupir al compañero de ayer, doblemente odiado, porque al mismo tiempo que le anojan en una maldición el asco que le inspiran sus traiciones, tienen, forzados por el hambre, que invocan humildes los antiguos combates y amarguras sufridas en común, para suplicarles un destino de escribiente u ordenanza...

Fabián Vidal.

Reclamación justísima

Desde San Fernando nos remiten el siguiente sueldo, rogándonos su inserción. Cumplimos con el mayor gusto el encargo que se nos hace recomendando muy encarecidamente el asunto al ministro de Marina.

Dice así:

«Por R. O. de 23 de Octubre de 1901, se

aprueba en principio unos aparatos que en proyecto, presentó el Condestable de la Armada D. José Camacho Moreno, y por R. O. de 27 de Noviembre del mismo año se aprueba el presupuesto y concede créditos para las obras, cándose el caso, que después de unos dos años, no se haya empezado la construcción ni siquiera concluido el acopio de materiales, algunos de los cuales se encuentran hace más de tres meses en el establecimiento que los encargó a Alemania. Como es notorio que vuestra excelencia se inspira siempre en la justicia, es de esperar que se interesará en este asunto, y las obras darán principio, con lo que V. E. habrá cooperado a lo que dice en R. O. de 22 de Febrero de 1901, es decir: estimular al autor, caso de que este pueda ser estimulado en vista de como se protege en España a los que tienen la desdicha de idear o inventar algo.»

CACIQUISMO INTOLERABLE

¿Qué pasa en Murcia?

Con este título publica nuestro estimado colega *La Ley* un suelto interesantísimo en el que se amplían algunas de las noticias que nosotros dimos al comentar las caciquías de García Alix y de Lacierva.

A este propósito dice que el nombramiento de la Comisión de Hacienda encargada de girar una visita de inspección a las oficinas de Murcia, ha caído como una bomba entre los protegidos y *compinches* del ministro de la Gobernación y del gobernador de Madrid.

Según tales noticias,—de origen autorizado—á los pocos días de comenzar su cometido el inspector Sr. Vergara, salió de Murcia una comisión especial de personas importantes—algunas con puesto oficial—al objeto de conferenciar con el ministro de la Gobernación y gobernador de Madrid, Sres. García Alix y Lacierva, así como también con el Sr. González Besada, ministro de Hacienda.

Se proponen aquellos embajadores atenuar rigores de la inspección, ya que, ésta puede y debe descubrir cuantiosos fraudes al Tesoro en algunos elementos contributivos?

No lo sabemos; pero se comenta en Murcia y en Madrid el viaje tan precipitado de los comisionados, dándose la coincidencia de que los Sres. García Alix y Lacierva son diputados de la mencionada provincia, terratenientes é industriales en ella á la vez que políticos de notorio influjo en toda la región murciana.

De todo lo cual resulta que García Alix podrá perder las elecciones; pero lo que es el tiempo...

LOS MENDIGOS

La caridad del gobierno

Es bochornoso el espectáculo que á diario se da en Madrid con motivo de la recogida de pobres para su traslado á los asilos. La lucha que se entabla en cada entre el agente de la autoridad y el pordiosero detenido, da una triste idea de nuestras costumbres.

Siempre aplaudimos á cuantas autoridades tratan de acabar con esta plaga característica en Madrid, que se llama mendicidad.

Lo que jamás nos hemos explicado, hasta hoy, es la repugnancia que siente el mendigo á esas llama as casaca de Misericordia, á donde debía ir espontáneamente, puesto que en ellas recibe el pan y el abrigo que pordiosean al transeunte.

Pero hoy sabemos el por qué de esa repugnancia.

En el Asilo de Santa Ana, por ejemplo, se da el triste caso de que en una sala, incapaz para más de cuarenta personas, suelen encerrar más de ciento, llegando á convertirse en un verdadero foco de infección de toda clase de enfermedades á que son propicios por su falta de limpieza, los desdichados pordioseros. De la falta de ventilación de estas salas, cílpese á los mismos encargados de ellas, pues no consistenten en abrir las ventanas por temor de que los pobres huyan de aquellas pocilgas en que hacinados, pasan el día los infelices recogidos.

Ya la Junta de Sanidad informó demostrando las pésimas condiciones higiénicas de este asilo, sin que las autoridades hayan puesto remedio.

No está todo en quitar de la circulación á tanto desdichado. Es preciso llevarlos á sitios higiénicos, sanos, en donde se den cuenta de que son personas y no seres irracionales á quienes se les da de beber algunas veces en cubos sucios agua en pésimo estado, pues según sabemos, hay ocasiones en que á la simple vista se observa en el líquido toda clase de detritus.

En próximos números nos ocuparemos de los demás asilos y también del modo como se puede remediar el mal, porque esta forma de ejercer la caridad será muy cristiana y muy conservadora, pero es bien triste caridad...

UN CURA POSTERGADO

DOCUMENTO POUR RIRE

Recibimos una atentísima carta que no podemos menos de insertar, seguros de que la autoridad eclesiástica pondrá el más eficaz y cristiano remedio á la situación extraordinariamente anormal de nuestro comunicante.

Empieza el documento en estos términos: «El que suscribe, D. Pedro Fernández y Fernández, cura de San Pedro de Neiro, diócesis de Oviedo, municipio de Fonsagrada, provincia de Lugo, denunciante en causa criminal producida en la Audiencia de lo criminal de Lugo, des-uidada ó sobreseda desde Octubre de 1895... etc.»

Hasta ahora no tiene casi nada de particular la letra del documento. Cuando éste empieza á poner en verdadero cuidado al lector es desde el párrafo en que dice:

«De-eando que desde la Capital de la Monarquía Española llegue ésta hasta el Vaticano como en tiempos de León XIII (q. e. p. d.), suplica la más eficaz cooperación de su periódico de usted y comunicación á toda la Prensa, etc., implorando la Real protección de Su Real Majestad en favor de la virginal y sobrenatural Maternidad, Preservación y Singularísima Redención de la Sma. Virgen y del escandalosamente afligido cura, etc.»

E inmediatamente después, quejándose con loca amargura de la mala suerte de sus denun-

cias enviadas hasta el Vaticano, se duele del olvido en que éste le tiene, en la siguiente forma:

«... cuyo silencio, etc., merece la refutación en las preguntas siguientes su más clara solución (en vers y todo!): ¿El Padre es el hijo? No, Padre; á pari, ¿D. Joaquín Pecci es el Papa? No, Padre; esto no lo admiren ni niegan: luego también y á foreiori, el padre generado es el Hijo...»

Jamás habíamos puesto en duda la lógica de semejante conclusión, desprendida, *naturálistamente* de las premisas que sienta el autor de la carta.

De todo eso, ni una palabra más. Suma y sigue: «No, en cuanto hombre sino sin hombre y sobrenaturalmente concibió la Santísima Virgen el Verbo, hijo, no por semejanza, abortivo, absurdo ó repugnancia, sino...»

No, no seguimos. Nosotros, no podemos meternos por esos intrincados senderos; que solo conducen á la anormalidad extraordinaria en que se halla el escandalosamente afligido cura de San Pedro de Neira.

Hasta ver en que para todo esto de la política del nuevo Papa, estamos en el campo neutral, aunque siempre conformes con uno de los antecedentes que en coloquis (?) *pour rire* hace el Sr. Fernández y Fernández.

Don Joaquín Pecci, ¿es el Papa? No Padre. Tiene usted razón, amigo D. Pedro, ó por lo menos debía usted tener razón, que no es lo mismo, desgraciadamente.

Y ahora, el que quiera contender teológicamente con nuestro buen presbítero, lea y medite lo que en su epístola nos dice á modo de *post scriptum*.

«Para cualquier impugnación particular ó característica, el dicho afligido cura ofrece defender teológicamente la verdad cristiana con los auxilios humildemente suplicados á la Santísima Preservanda, á su unigénito Hijo, el verbo encarnado, al Santísimo Paráclito, Apóstoles, San Atanasio, Hermenegildo... etc.»

Damos fin á la sabrosa carta, besando humildemente las santísimas peanas de los Apóstoles, de San Atanasio, etc., así como las manos á nuestro buen amigo y capellán.

RECLAMOS DE BALDE

Los monos del "Diario Universal,"

¡Lo mismo dá por arriba

que por abajo: igual dá!

Cojo un número cualquiera

del *Diario Universal*

y, como lo más saliente

que este periódico dá

son los monos, pues los monos

me detengo á examinar.

Primer mono: Salisbury.

Está bien hecho, si está.

Está bien hecho... la Pascua.

¡Pobre marqués, camará!

Segundo mono: Un fusila-

miento del *Petit Journal*,

que por más señales, lleva

la carabina pintá:

el retrato de Zoica,

Ivanow Jeanne d' Arc.

Tercer mono: Abdul-Hamil,

el auténtico sultán

también fusilado—¡ay,

si Dios me oyera! ¡Ojalá!

Abdul Hamil fusilado,

más no del *Petit Journal*,

sino de *El Globo* de Riú

que lo insertó días há.

El cuarto ya no lo digo,

porque resulta procaz

que delante de señoras

hablamos de *Hi-mil bajá*.

El quinto (no hay quinto malo,

se dice, y es la verdad),

trae este epígrafe: *El Vesubio,*

el aspecto del volcán,

y viendo el grabado, que es

la cola de un pavo real,

me acuerdo del chascarrillo

de aquel cómico mordáz

—pues se mordía la lengua,

siempre que empezaba á hablar—

que por decir: *¡Ah traidora,*

tengo en el pecho un volcán,

dijo... «en el pecho un balcón»,

el grandísimo animal.

En segunda plana veo,

dos dibujos, ¡camará!

si no son símbolos, cerca,

cerca le deben de andar.

Son los dibujos dos troncos

de ese *mammuth* vegetal

llamado *secoquicia*, que

en California se dá.

Y también aquestos troncos

algo evocan teatral,

pues versos de *Flor de un día*

me viene á recordar

«esos árboles gigantes

que parecen arrogantes

las nubes desafiar.»

Un canalejista.

Cosas de fuera

Ridiculeces yanquis.

Estos hijos del tio Sam, son terribles cuando se incomodan, y se incomodan con bastante frecuencia.

Esta vez ha sido blanco de sus iras el buen Tolstoi que retirado en un rincón de su Rusia, no se acordaba siquiera de que existían yanquis en el mundo; y por lo que se verá no perdía gran cosa el ilustre novelista han demostrado ser tan *pelmas* como soberbios y ridículos.

Mr. Flapper, profesor de la Universidad de Chicago, tuvo la felicísima ocurrencia de invitar á Tolstoi, para que fuese á dar unas conferencias en los Estados Unidos, no con fines plausibles, sino con el objeto de captarse las simpatías del escritor ruso y por su intermedio las de la corte moscovita, por suponer que los literatos tienen mucha influencia en todos los países (¡Ah cándido!)

Claro que el místico autor de *Resurrección*, enemigo de todas las pompas mundanas, no se prestó á tomar parte en la teatral apoteosis que se le preparaba, y así lo manifestó.

Pero he aquí que Mr. Hyde, millonario protector de aquella Universidad, confundiendo á Tolstoi con cualquiera de nuestros *currutcheos* del género chico, empieza á ofrecerle fabulosas cantidades, procurando *tentarle* con grandes ofrecimientos. ¡Qué sabía el pobre millonario que deslizo su existencia contando *dollars*, de las ideas especialísimas del creador de Necklindof!

Y Tolstoi, cansado de tanta ridiculez, contestó en la siguiente y *expresiva* forma:

«De muchos millones me hablan. Deben ustedes ser muy hábiles en negocios lucrativos.

Y Mr. Flapper me habla de *educación é instrucción*. ¡Cualquier cosa! ¡Estos señores son incapaces de dirigir una mala escuela de instrucción primaria!»

La indignación de los soberbios yanquis llegó al colmo cuando leyeron la *elocuente* misiva.

Y tomaron una determinación heroica que seguramente espantará á Tolstoi cuando la conozca.

El retrato del insigne pensador que existe en la Universidad de Chicago, fué colocado de espaldas al público, y de cara, por lo tanto, á la pared.

Estos yanquis son verdaderamente terribles, cuando se ponen de malas. Esperemos su nueva tontería.

IMITACIÓN

UN ENSUEÑO

«El sentido de la vida está en la belleza y la fuerza de la aspiración hacia los fines, y es preciso que cada momento de la existencia sea un fin elevado.»

M. Gorki.

La noche estaba serenamente plácida; era una noche de verano tranquila y risueña, cuya belleza se aumentaba con la plateada claridad de la luna que tenía las aceras con un motor lechoso triston y melancólico.

Yo salía del periódico con la cabeza llena de noticias incoloras que se agitaban dentro de mi cráneo sin proporcionarme otra sensación que la idea de que la humanidad cada vez se agravaba más en su antigua demencia.

Con objeto de refrescar la excitada imaginación, decidí pasear saboreando de paso la hermosura del nocturno. Y anduve sin rumbo mucho tiempo, hasta que me perdí entre un dédalo de intrincadas callejuelas, yendo á salir á una gran plaza adornada con un jardinillo de arbutos y cuyo centro la estatua en bronce de un hombre célebre permanecía impassible, inmóvil en su extraña actitud, como si ignorante de la soledad en que se encontraba, se esforzase en mantener su estudiada posición.

Cansado de andar me senté en un banco de la plazoleta, sitio agradable desde el cual las tupidas ramas me ocultaban las luces del gas, permitiéndome ver únicamente los quebrados rayos del astro de la noche. Cerca de mí el surtidor de la plazuela canturreaba sus notas monótonas, y á mi alrededor aleteaban invisibles insectos que acariciaban mis tórax con su acompasado zumbido.

Mi vista no se apartaba de la estatua, y sin saber por qué me parecía altamente ridículo el monumento, pues unas veces se me antojaba excesivamente grande el pedestal y otras demasiado chica la figura.

De pronto ocurrió un fenómeno que me sobrecogió horriblemente, helándome de espanto. La estatua se movía, estiraba sus miembros de bronce en una especie de monstruoso desparpelo é inmediatamente descendía, poniendo los pies en tierra y dirigiéndose á mi banco.

Yo sin fuerzas para huir, la contemplaba asombrado, y fuertemente estrechado, me estrechaba en el asiento.

La mole de bronce se sentó junto á mí, produciendo un sonido seco y fuerte su brusco contacto con la tabla.

Entonces habló la estatua de este modo:

—Magnífica noche, ¿verdad? Yo hice un movimiento de terror, y ella añadió:

—No hay que asustarse amigo, nos conocemos hace tiempo.

Repapé en mi extraño acompañante: era de una complexión atlética nada tranquilizadora. Sus ojos sin pupilas y sin expresión, estaban fijos en mí con molesta terquedad.

Nadie pasaba por la plaza, nadie podía auxiliarme más que mis propias fuerzas en caso de una agresión.

La rara aventura y la acción enervadora de la noche, influían grandemente sobre mi ánimo, haciéndome sentir un pánico irreflexivo que me hubiese hecho correr locamente si una fuerza también desconocida, mezcla de curiosidad y de sugestión, no me hubiera pegado en el banco con fuerza extraordinaria.

—Sé lo que pensabas—añadió—se que al contemplar ese monumento que tus semejantes me han levantado sonreías irónico. Hacías bien en sonreír; dicen que fui célebre y mi nombre es repetido con admiración por los hombres. Yo soy el único que no comprendo ni mi celebridad ni la admiración de las gentes. Es verdad que pensaba algo más que la generosidad, pero de qué ha servido mi trabajo, si cuanto más investigaba más lejos encontraba la verdad, y más profundas eran las tinieblas que me rodeaban. Trabajé mucho, pero los frutos obtenidos no respondieron á mi labor. Fui poco más ó menos como todos, un inútil

que se esforzaba en no serlo. Calló un momento y continuó:—Tan inútil como tú serás... Veamos, ¿En qué te ocupas?

—Escribo... á veces—respondí amedrentado.

Al oír mi contestación se echó á reír y su risa seca y estridente acabó de escalfarme.

—¡Conque escribes!...—repuso—¡Brava ocupación! Y dime, ¿para qué, para quién, por qué escribes? Cuéntamelo pronto... ¿Para qué escribes?

Yo estaba completamente anonadado y por decir algo contesté:

—No sé fijamente para qué; escribo para ser leído... para...

—¡Bonita respuesta!—dijo interrumpiéndome.—De modo que tú que no vacilarás en meter tu pluma en los asuntos más escabrosos, ignoras el objeto que te propones escribiendo. Pues bien, ¿para quién escribes?

—Escribo para el público, para inculcar en él las ideas más ó menos acertadas que le expongo—respondí, creyendo haber dicho algo.

Mi interlocutor volvió á reír con mayor insolencia y aquella risilla acabó de sublevarme.

—Adios—dije—levantándome. Pero me retuvo a viva fuerza, obligándome á escuchar.

—No te vayas... Espera... ¿Con que para el público?... ¡Ja, ja...! Bueno estás tú y tu público. ¿Crees que tus lectores no te conocen como yo? ¿Crees que hacen caso de tus falsas predicaciones? ¡Oh, no! Son menos tontos de lo que supones.

—No comprendo—murmuré bajamente.

—No me extraña. Pero dí, si no escribes para nada ni para nadie... ¿Porqué escribes?

—Escribo porque encuentro placer en exponer mis impresiones. ¡Ya lo he dicho!

—¡Qué poco te conoces! Tu que pretendes comprender a los demás, que tendrás el suficiente orgullo para hacer libros en los cuales hablaras con enorme petulancia de las psicologías individuales y colectivas... no puedes contestar á mis sencillas preguntas. No eres ni más ni menos que tus colegas... eres sencillamente igual.

Descansó un instante, y luego prosiguió:

—Ya te he dicho bastante. Nunca escribis con el corazón, así es que vuestros actos desdicen constantemente vuestras palabras. Escribis para encontrar el aplauso, buscando efectos de mero relumbrón. No meditáis jamás, espoleados por ansia loca de estúpida publicidad. Para eso escribis. ¡Qué lástima!

—Se equivoca, señor mío,—repliqué—hay escritores sinceros y modestos.

—¿Y de qué sirven? ¡Si fuesen genios! Pero no, que no son simples constructores de insustanciales y estériles lirismos. Describen las llagas sociales y las dejan extenderse, sin formular su terapéutica.

—Peor sería no descubrirías.

—Claro que sí, pero es que os contentáis con declamar y no buscáis el camino de la verdad. Os contentáis con acreditar vuestros nombres poniéndoles al pie de artículos vacíos que suponéis profundísimos, ignorando que la posteridad se mofará de vuestra efímera gloria y borrará vuestro recuerdo, por ser un vocablo sin expresión y sin significado...

No tenía fuerzas para mantener la discusión con tan terrible contrincante.

Miré á lo alto. La luna había desaparecido. Una claridad tenue se filtraba por el ramaje y el viento fresco y húmedo de la madrugada, penetraba hasta los huesos.

Esta vez me levanté decidido y sin mirar hacia atrás, eché á andar.

Al alejarme creí percibir su risa mortificante y anduve con mayor precipitación. En mi cráneo repercutían las extrañas palabras del raro personaje. Sentí que dudaba de todo y me creí transportado á un planeta confuso, falto de realidades tangibles...

Desperté... El sol estaba ya en el horizonte, los pajaros piaban en loc

este amparado por la violencia, deshonrado en el Parlamento, reñido con el pueblo, con un pueblo democrático y anticlerical, que lucha denodado por la causa de la República.

Deber suyo es preverlo. Nuestra monarquía busca en el regazo de Francia amparo suficiente para atajarlos el paso, a nosotros los nuevos *condados* que, acudidos por un nombre de tan universal prestigio como el señor Salmerón, ansiamos el restablecimiento de la justicia, para cuya magna empresa solicitamos apoyo de Francia, de América, de todos los pueblos libres.

El gobierno que tan dignamente preside M. Loubet, sabrá desoir las excitaciones de León y Castillo y las súplicas angustiosas de los cortesanos de D. Alfonso XIII ó de su señora madre, respondiendo como hubieran respondido los revolucionarios franceses: «Nosotros no amparamos tiranías ni traiciones; nosotros sólo defendemos los fueros de la libertad y los derechos del hombre».

El Comité de republicanos españoles, recientemente constituido en París, tiene el augusto deber de neutralizar los efectos de la burda, de la egoísta diplomacia española, haciendo notar al Estado francés que la restauración de la República en España es diñtel obligación de la fraternidad latina y acontecimiento indispensable para ir prestando condiciones reales al supremo sueño de confederación universal.

Francisco Valbuena Valverde.

Diálogo al vuelo

(La escena sucede en los Jardines del Buen Retiro. Personajes: dos apuestos jóvenes de ventidós á venticinco años que por su aire marcial y bigote á la *borghesiana*, parecen ser militares. Aunque vestidos de paisanos, no se des-pintan.)

—Bueno, hombre, bueno; de molo que tu no eres ni *chicha* ni *limón*.

—Ya sabes que soy muy excéptico y que no me da tan fuerte como á vosotros (por lo visto hubo una conversación anterior, entre varios compañeros y amigos). Desde hace pocos meses no habláis más que de Salmerón, de Costa, de Estévez... ¡qué se yo! Más os valiera ocuparos de Moltke, de Yonder Goltz, de Dragomirof, etc., etc.

—Pero ¿no tienes ideas políticas en estos tiempos en que nos hacen votar los gobiernos?

—No; mis ideas políticas, si así queréis llamarlas, no son otras que las del patriotismo y del cumplimiento de mi deber...

—Pues entonces eres republicano evidentemente.

—Te digo que no. ¿Qué se me pierde á mí en ese partido?

—Te diré: con la República tendríamos ejército verdad, porque sería de la patria, libre de las influencias políticas y del caciquismo burocrático que lo ha convertido en desmedrado instrumento de los Gobiernos. Recabaríamos entonces el respeto de la opinión y el cariño del pueblo que vería en nosotros su brazo defensor y no su amenaza. En fin...

—Mira, mira, todo eso que me dices es música celestial, con República y sin ella, España no será nunca un pueblo militar.

Como este desdichado país es antimitilar, nunca tendremos sueldos decentes ni consideración social ni nada de eso que me acabas de decir.

—Pero, dime: ¿no podría venir la regeneración con la monarquía?

—¿Qué inocente eres! Acaso no estás viendo que bajo el régimen monárquico hemos perdido media América á principios del siglo pasado, y que en sus postrimerías nos que damos sin las Antillas y las Filipinas? ¿No estás viendo que el 68 por 100 de los españoles no saben leer con visible regocijo de los reaccionarios de los políticos que temen al pueblo ilustrado? ¿No ves cómo nuestros gobernantes en vez de hacer política alta é internacional no hacen más que la misera que llamamos de campanario? ¿Y no ves cómo en las últimas campañas coloniales han ido á morir como reses llevadas al matadero los humildes hijos del pueblo, mientras los muchachos ricos se quedaban en la Península gozando de las corridas de toros, de los teatros, de las mujeres, etc., etc.?

¿Y no ves, que mientras bravos oficiales, que hicieron toda la campaña, han vuelto, salvo sobresalientes excepciones, sin un empleo y ocupan lugar muy bajo en el escalafón, los favoritos, los paniaguados, los que saben pasear su uniforme en los salones y en las capillas de la religión á la moda, han alcanzado cruces y destinos que nos están vedados á los Pérez y á los Gómez? Y sobre todo ¿hizo algo la Restauración por el ejército en veintitantos años de tranquilidad y de paz? ¿No nos han sorprendido inermes y desprevenidos todos los conflictos? Hoy mismo, ¿podemos llamar Ejército á este conglomerado, sin recursos, sin artillería moderna, sin organización, sin nada?

—Calla, que vas convenciendo.

—No eres el primero, ni serás el último.

Padornelo.

TRIBUNA LIBRE

Últimas aclaraciones.

Sr. Director de EL NUEVO EVANGELIO.

Mi distinguido amigo y compañero: Debo al público algunas explicaciones apropiadas de los incidentes motivados por mi artículo *Indiscreciones sanas*, y este es el motivo de que nuevamente le moleste á usted con otra carta.

Consecuencia del sueldo por mi calificado de espuesta de injurias, que el Sr. Figueroa tuvo el bilioso desanogo de dedicarme en el *Diario Universal*, designé á mis distinguidos amigos los Sres. Morayta y Llovera para que exigiesen á aquel las debidas satisfacciones.

Dirigíronle mis padrinos una muy atenta carta requiriéndole para que rectificase los injuriosos conceptos contenidos en el sueldo de referencia ó se aprestase, en caso contrario, á repararlos en el terreno de los caballeros. Y tuvo á bien replicar, con sujeción á prácticas difícilmente justificables, á juicio de no pocos entendidos, que únicamente se decidiera á *acortar las distancias*—textual—si yo retiraba primero las insinuaciones contenidas en mi alborotador artículo.

A punto estuve de complacerle, para procurararle el placer de que me pinchara ó me agujerease. Faltóme muy poco para afirmar públicamente, tan públicamente como la insinuación había sido, que no en la habilitación casi fraudulenta donde se distribuyen los fondos secretos, sino en *Rocinante* y en *Babieva* es donde el Sr. Figueroa vivió á horcajadas todo su ya no breve tiempo.

Pero, no; sin insistir en una acusación que fácilmente puede rechazarse con gallardía y hasta con heroísmo, puesto que ningún ministro pasado ni presente ha de prestarse á comprobarla, renunció á acortar las distancias que su legítimo remordimiento descubrió que entre los dos existía.

Por vez primera en mi vida, y vive Dios que también por última, me allané á esas rutinas que colocan el honor de las personas en la punta ó en el filo de una espada ó en el cañón de una pistola, y á merced de la pericia de un profesional del matonismo caballeresco. Y ya que el Sr. Figueroa repudió mi sacrificio, no he de reñicudir en la temeraria imprudencia de arriesgarme á esa clase de aventuras, por mí absolutamente ignoradas, y que además repugnan no á mis convicciones religiosas, que en religión á guna me encasillé jamás, sino morales, manumitidas, por fortuna, de toda clase de preocupaciones.

El honor, Sr. Figueroa, reside, mana de la conducta de las personas; y la mía fue hasta ahora, y en buena idea lo diga, intachable.

Pero el no haberse decidido el Sr. Figueroa á acortar las distancias que de mí le separan, con cuyo acto hubiera yo dado por concluida esta enojosa pendencia calificativos injuriosos que él arrancó de su propio, personal, escudo, para injustamente aplicármelos.

Voy, pues, á probar que D. Augusto de Figueroa es el tonto, el inepto y hasta el malo. Es el tonto, porque si tan fácil le era rechazar la insinuación, ciertamente indemnistrable, de haberse relacionado con los famosos fondos secretos, debió hacerlo en forma tan cortés y mesurada que alejase la maliciosa suposición de que el despecto hacía vibrar en su corazón las fibras de la ira, y de la venganza. No con desplantes caprichosos ni con arrogancias, sino con razones, se abre paso la verdad entre las gentes.

Convenza el propio Sr. Figueroa en que en esto ha reido, apesar de su gran experiencia, señales indudables de ser tonto.

Malvado también lo es; y por cierto que sus culpas pertenecen al interés nacional, al que irreparablemente lesionaron.

El público español es harto bonachón y olvidado. Pero en cualquier otro país menos generoso que el nuestro, terrible hubiera sido el castigo que directamente, por su propia mano, habría aplicado la opinión á un escritor de su pretendido fuste, que durante la última insurrección cubana extravió el juicio de las muchedumbres con la torpe teoría de la guerra por la guerra y hasta el último hombre y la última peseta, desde uno de los más populares y prestigiosos diarios; y cuatro años después se presentaba ante la misma opinión, nuevo Pilatos del crucificado pueblo español, renegando de sus funestas campañas anteriores.

Y para terminar; también es el Sr. Figueroa inepto. Inepto como escritor, como director de periódicos y como político.

¿Quién recuerda un artículo del Sr. Figueroa?

En cambio, yo conozco dos de sus muchos fracasos. Más de quince años hace publicaba *El Globo*, de Castelar, unas cartas firmadas por D. Augusto Suárez de Figueroa, cuya lectura invita al sueño; y en la mejor época de su profesión, dirigiendo *El Resumen*, inició con tal fundamento de cultura una campaña en favor de la reorganización de la carrera administrativa, que el inolvidable maestro de todos Sr. Castro y Blanc, redactor jefe entonces,

ces de *El Liberal*, interrumpió para siempre la serie de editoriales con una sola y sencillísima pregunta. ¿Ni la que hizo célebre la Cecilia!

También fracasó como director de periódicos. Abandonó moribundo *El Resumen*; aprovechó para su fama el trabajo y las iniciativas ajenas en el *Heraldo*, que ni él planeó ni redactó casti, y fundó después el *Diario Universal*, que, apesar de sus ilustres plumas, no logra romper el hielo.

Y ¡ay que recordar las arrogantes, maravillosas innovaciones que el Sr. Figueroa nos prometía! Nada menos que una revolución fundamental en la prensa, así en su confección como en su espíritu, le oí yo anunciar diferentes veces al Sr. Figueroa.

El parto de los montes! *El Diario Universal* es, si, un excelente periódico; pero ni más ni menos que los otros; con sus mismas secciones, con su mismo estilo. Un periódico más; no, ciertamente, un periódico nuevo.

Concurrió, yo, meses antes de la aparición del *Diario*, á la tertulia de un alto personaje liberal, amigo particular, no político, por mí muy querido y respetado, y allí nos encontramos muchas veces el actual ministro de Marina, D. Eduardo Cobian; D. Benedicto Antequera, entonces secretario del Gobierno civil; D. Leopoldo Romeo, director ahora de *La Correspondencia*; el propio Sr. Santillán, director de *El Nuevo Evangelio*; D. Federico La-ña, que era director general de Comunicaciones, y otras muchas personalidades, cuya amistad me enorgullece.

¡Tenían que oír, que admirar, mejor dicho, los pomposos formidables, reclamos que á sí mismo se prodigaba el Sr. Figueroa! Asombrados le escuchaban todos aquellos señores que antes menciono, y no hay que decir que yo también, conocidas como son de todo el mundo mis aficiones periodísticas, que hasta han llegando á constituir, ignoro si por mí desgracia ó por mi suerte, la única profesión de mi vida.

Yo esperaba un fenómeno. Y no eran para una tildé menos los proyectos que, aun sin declararlos jamás, parecía anunciar el Sr. Figueroa.

La prensa española—dacia, entre chupada y chupada á sus descomunales vengueros—es rutinaria, torpe, inculca, vulgar, amanerada, cursi, casi miserable. Yo me dispongo á revolucionaria del título al pie de imprenta. Señores: ¡qué periodismo va á ser el *Diario Universal*! No habrá *Times* que se le iguale!

Y la noche en que, al fin, vocearon los vendedores el famoso periódico, tuve necesidad de entrar en la farmacia de *Borrell*, apenas hubé comprado el número, para tomar un reactivo que devolviera la actividad á mis nervios casi anestesiados. ¡Tal fué el chasco!

Por último, como político el Sr. Figueroa es una nulidad á la altura del diputado á quien en estas Cortes bautizamos en la tribuna de la prensa con el distintivo de *Pichel*, si no que mucho menos simpático que este heroico personaje.

Del primero y único discurso que el señor Figueroa pronunció en el Congreso, conserva la crítica, como oro en paño, el extracto. Quiso el pobre cunero significarse con una actitud extraparlamentaria, superparlamentaria, cuasi genial, y el ridículo agostó en flor la que pudo ser útil oratoria para la Comisión de cualquier proyecto de rem iata.

Bastantes años después, redactó el Sr. Figueroa aquél celeberrimo manifiesto del general Cristiano, que á poco de conocido arriñonó en el Limbo al diador de los Luises. No creo que la misericordia evangélica de Polavieja le haya perdonado aún tan tremendo batacazo.

Por fin, como dice la gente de los barrios bajos: escritor que no escribe, director que fracasa, diputado que no habla; ¡razón tenía el Sr. Figueroa para no decidirse á acortar las distancias que de mí le separan. Yo escribo mucho, aun cuando sea medianamente; he dirigido periódicos, y no he fracasado; jamás fui diputado, y hablo hasta por los codos.

Voy á darle un consejo al Sr. Figueroa. Aquí, en Madrid, aunque tarde, ya le hemos conocido. No ha de poder continuar dándonos el camelo. Retírese á Málaga. Si la experiencia confirma que en el país de los ciegos, el tuerto es rey; en la plays de los boquerones, bien puede pasar por terrible tiburón un pesugeta.

Créame usted, D. Augusto: hay que cortarse la coleta. Porque si la necesidad llegara á obligarle á solicitar de mí alguna vez plaza en un periódico, yo ni para pegar la *Fabra* le admitiría. Y no crea usted que mi opinión es tan personal como su orgullo estime.

Mil gracias, señor director, por la amabilidad con que atiende mi derecho, publicando esta carta, que para siempre termina las aclaraciones al artículo *Indiscreciones sanas*. Suyo afectísimo s. s.

Q. B. S. M.,

A. Aguilera y Arjona.

El mejor café torrefacto que se toma en Europa es el de la marca

“LA ESTRELLA,”

El 114—C.

¡Ya pareció!—exclamamos la otra noche al leer en la prensa una noticia, por la cual se suponía al guardia de orden público 650 poseedor de la verdadera, inequívoca pista para conseguir el hallazgo del automóvil que privó de la vida á un infeliz anciano, arrollándole violentamente hace unos días en el Paseo de Recoletos.

Pensamos enseguida en que el autor ó autores de la sangrienta hazaña, que tan cobardemente ocultaran su delito, habían sido ya sometidos á un procedimiento judicial y nos los imaginábamos presos é incomunicados en los calabozos de la Casa de Canónigos, sintiendo el ferroz remordimiento de su propia culpa.

Veíamos á la inflexible *Astrea* midiendo en su balanza con el gesto severo de diosa y la vigilante escrupulosidad de alquimista toda la pesadumbre del delito con la severidad de la pena, llevando, de esta suerte, á la irritada conciencia pública, como derivaciones de la justicia cumplida, la confianza en que las responsabilidades estaban determinadas y aplicado el castigo.

Respiramos libremente y dormimos aquella noche con el sosiego y la tranquilidad de quien vive en un pueblo que no permite queden impunes hechos tan salvajes, ni consiente en su sociedad seres tan ajenos á la virtud, que valoran con el desprecio la vida de un semejante empobrecido, infeliz.

Hoy, un periódico da cuenta de que el coche-automóvil pintado recientemente y señalado con la marca 114×C, no es, como se suponía el vehículo tristemente célebre de signación desconocida, y cuyos conductores cubren con el odio de las gentes honradas la incógnita de sus nombres.

Nuestra decepción ha sido penosísima.

Nuevamente volvemos á las sombras de la duda... Otra vez tememos que sobre los autores del bárbaro atropello no caiga toda la severidad del castigo.

NOTICIAS EN HUELGA

De la sección de *sport* de un periódico de la mañana:

“Automovilismo.—Record de la hora.” No, colega. Tratándose de automovilismo el *record* es el de la última hora.

Voy á decirte una verdad, y es esta: No vale el pobrecito lo que cuesta.

Don Sinesio, el ya famoso hombre de letras, á ocho días vista, en un artículo publicado en *A B C*, llama *quinquillero* al que vende quincalla.

¡Hombre, por Dios! ¿Porqué no se ha atrevido usted á llamarle *quincallero*, que es como se dice, ó *buhonero*, ó, si quiere usted dárseles de clásico, *cosario*?

Pero, ¿cómo ahora no puede usted ocuparse en eso del idioma! ¡A no ser que hayan ustedes *refundido* la lengua castellana para cobrar su *piquito* de derechos! ¡*Quinquilleros*!

¿No saben nuestros lectores cómo llama Villaverde á su buen subsecretario cuando está fino y alegre con él, y le habla risueño, *tête á tête*, familiarmente. —¿Le llama Albaicín?

—¡Jamás!

Siempre le llama Albaicete.

Leemos: “En la Tenencia de Alcaldía del distrito de Buenavista está depositada una manita de caballo que será entregada á quien justifique ser su dueño.”

Que es como si dijera: que será entregada al caballo que justifique ser su dueño.

El marqués de Tovar ha vuelto á ser víctima de un accidente en San Sebastián. Esta vez fué la jaca del coche que guiaba la causante del *desavío*.

¡Pero, este hombre con tal de que se hable de él, es capaz de romperse algo todos los días!

Leemos en *El Liberal*: “En Septiembre próximo irá á Villaharta nuestro distinguido amigo el notable escritor *Kasabal*.” ¡Hombre! Eso es abusar del pleonismo. En siendo villa y en estando en ella *Kasabal*...

La diferencia más esencial entre los billetes falsos y los legítimos, consiste en que aquellos, los falsos, son más largos que los buenos.

Muy bien. Pero es más conveniente que cada uno de los españoles tengamos uno de los billetes legítimos, siquiera como término de comparación.

Dicen que van á pagar los alcances atrasados de aquellos pobres soldados de Ultramar. No hallo maneras ni modos de tener esa esperanza. ¡Verá usted como no alcanza para todos!

Toda la familia real pasó la tarde del lunes visitando una fábrica de galletas. Según los telegramas recibidos en Madrid el dueño de la fábrica y algunos obreros repartieron sendas galletas entre los augustos visitantes.

Epígrafe de un sueldo de *El Día*: “Lo que nos dicen las uñas de los dedos.” Hable usted bajo, compañero, porque si se enteran nuestros políticos se van á gastar un capital en tijeras.

De un diario de la noche hablando de preparativos electorales: “Los que se vienen realizando son lo más minuciosos posible, al extremo que, según cuentan, va á ser muy difícil que nadie se presente á votar con nombre supuesto.”

Bueno; pero, vamos á amojar.

Los que se presenten, ¿votarán ó no?

Telegrafían de Segovia: “La cuestión pendiente entre el Ayuntamiento y el Obispo, con motivo del traslado á Santa María de Nieva de los primeros cursos del Seminario, se ha arreglado satisfactoriamente.” Esperamos leer de un momento á otro:

Examinando unos báculos en las afueras de esta capital, el obispo y el síndico del Ayuntamiento, el primero tuvo la desgracia de causarse una herida de alguna consideración en el temporal derecho y una rozadura sin importancia en el espiritual izquierdo.

Cosas de D. Modesto, procedentes de Can Sebastián:

“Matilde de Pretel me pidió una vaca de cinco duros...”

—Ahí va, la digo.

La linda artista pone cuatro duros á la mariposa blanca...

(Pues le pisó á usted un duro la linda artista!)

—Negra, cuatro veces!—dice el *croupier*.

(¡Garamba, tres veces más que la otra mariposa negra de su compañero Viergol que no salió más que una... ¡y gracias!)

—Hemos perdido—dice Matilde.

(¿Hemos? No, has perdido tu solo, Lomita... y sigue el *pisen*.)

Aparece delirante de hermosura Joaquina Pino; da un beso á Matilde y un apretón de manos á mí...

(Vaya un viceversa *delirante*! que te has perdido, muchachol)

—¿Porqué no juegas á los caballitos?—pregunta Joaquina á Matilde.

(Que se escurra usted D. Modesto!)

—¿Querrá usted creer—prosigue Joaquina, que anteanoche con tres duros hicimos sesenta y ocho ó setenta?

(¡Pillín! ¡Atrevidoll)

Ambrosio Pérez y C.^a, impresores.—Pizarro, 16.

Folleón de EL NUEVO EVANGELIO

P. J. PROUDHON

¿QUE ES LA PROPIEDAD?

TRADUCCIÓN DE

A. GÓMEZ PINILLA (1)

CAPITULO PRIMERO

MÉTODO SEGUIDO EN ESTA OBRA.—ESBOZO DE UNA REVOLUCIÓN.

Si tuviese que contestar á la siguiente pregunta: «¿Qué es la esclavitud?» y respondiera en pocas palabras: «Es el *ase-sinato*», mi pensamiento se aceptaría desde luego. No necesitaría de grandes razonamientos para demostrar que el derecho de quitar al hombre el pensamiento, la voluntad, la personalidad, es un derecho de vida y muerte, y que hacer esclavo á un hombre es asesinarlo.

¿Por qué razón, pues, no puedo contestar á la pregunta «¿qué es la propie-

dad?» , diciendo concretamente «la propiedad es un robo» sin tener la certeza de no ser comprendido, á pesar de que esta segunda afirmación no es más que una simple transformación primera?

Me decido á discutir el principio mismo de nuestro gobierno y de nuestras instituciones, la propiedad; estoy en mi derecho. Puedo equivocarme en la conclusión que de mis investigaciones resulte; estoy en mi derecho. Me place colocar el último pensamiento de mi libro en su primera página; estoy también en mi derecho.

Un autor enseña que la propiedad es un derecho civil, originado por la ocupación y sancionado por la ley; otro sostiene que es un derecho natural, que tiene por fuente el trabajo; y estas doctrinas tan antitéticas son aceptadas y aplaudidas con entusiasmo. Yo creo que ni el trabajo, ni la ocupación, ni la ley, pueden engendrar la propiedad, pues ésta es un efecto sin causa. ¿Se me puede censurar por ello? ¡Cuántos comentarios producirán estas afirmaciones!

¡La propiedad es el robo! ¡Hé ahí el toque de rebato del 93! ¡La turbulenta agitación de las revoluciones!

Tranquilízate, lector; no soy, ni mucho menos, un elemento de discordia, un instigador de sediciones. Me limito á anticiparme en algunos días á la Historia; expongo una verdad cuyo esclare-

cimiento no es posible evitar. Escribo, en una palabra, el preámbulo de nuestra constitución futura. Esta definición que te parece peligrosísima, la propiedad es el robo, bastaría para conjurar el rayo de las pasiones populares si nuestras preocupaciones nos permitiesen comprenderla. Pero ¡cuántos intereses y prejuicios no se oponen á ello!... La filosofía no cambiará jamás el curso de los acontecimientos: el destino se cumplirá con independencia de la profecía. Por otra parte ¿no hemos de procurar que la justicia se realice y que nuestra educación se perfeccione?

¡La propiedad es el robo!... ¡Qué inversión de ideas! *Propietario y ladrón* fueron en todo tiempo expresiones contradictorias, de igual modo que sus personas son entre sí antipáticas; todas las lenguas han consagrado esta antinomia. Ahora bien: ¿con qué autoridad podréis impugnar el asentimiento universal y dar un mentís á todo el género humano? ¿Quién sois para quitar la razón á los pueblos y á la tradición?

¿Qué puede importarte, lector, mi humilde personalidad? He nacido como tú, en un siglo en que la razón no se somete sino al hecho y á la demostración; mi misión está consignada en estas palabras de la ley: *habla sin odio y sin miedo; di lo que sepas*. La obra de la humanidad consiste en construir el templo de

la ciencia y esta ciencia comprende al hombre y á la Naturaleza. Pero la verdad se revela á todos, hoy á Newton y á Pascal, mañana al pastor en el valle, al obrero en el taller. Cada uno aporta su piedra al edificio y, una vez realizado su trabajo, desaparece. La eternidad nos precede, la eternidad nos sigue; entre dos infinitos ¿qué puede importar á nadie la situación de un simple mortal? Olvida, pues, lector, mi nombre y fíjate únicamente en mis razonamientos. Despreciando el consentimiento universal, pretendo rectificar el error universal; apelo á la conciencia del género humano, contra la opinión del género humano. Ten el valor de seguirme y si tu voluntad es sincera, si tu conciencia es libre, si tu entendimiento sabe unir dos proposiciones para deducir una tercera, mis ideas llegarán infaliblemente á ser tuyas. Al empezar diciéndote mi última palabra he querido advertirte, no incitar-te; porque creo sinceramente que si me prestas tu atención obtendré tu asentimiento. Las cosas que voy á tratar son tan sencillas, tan evidentes, que te sorprenderá no haberlas advertido antes, y excluirás: «No había reflexionado sobre ello.» Otras obras te ofrecerán el espectáculo del genio apoderándose de los secretos de la Naturaleza y publicando sublimes pronósticos; en cambio, en estas páginas únicamente encontrarás una

serie de investigaciones sobre lo *justo* y sobre el *derecho*, una especie de comprobación, de contraste de tu propia conciencia. Serás testigo presencial de mis trabajos y no harás otra cosa que apreciar su resultado. Yo no formo escuela; vengo á pedir el fin del privilegio; la abolición de la esclavitud, la igualdad de derechos, el imperio de la ley. Justicia, nada más que justicia; tal es la síntesis de mi empresa; dejo á los demás el cuidado de ordenar el mundo.

Un día me he dicho: ¿Por qué tanto dolor y tanta miseria en la sociedad? ¿Debe ser el hombre eternamente desgraciado? Y sin fijarme en las explicaciones opuestas de esos arbitristas de reformas, que achacan la penuria general, unos á la cobardía é impericia del poder público, otros á las revoluciones y motines, aquéllos á la ignorancia y consunción generales; cansado de las interminables discusiones de la Tribuna y de la prensa, he querido profundizar yo mismo la cuestión. He consultado á los maestros de la ciencia, he leído cien volúmenes de Filosofía, de Derecho, de Economía política y de Historia... ¡y quiso Dios que viniera en un siglo en que se ha escrito tanto libro inútil! He realizado supremos esfuerzos para obtener informaciones exactas, comparando doctrinas, oponiendo á las objeciones las res-

(Se continuará)

(1) Francisco Sempere y Compañía, editores.—Valencia.

INFANTAS, 32, ENTRESUELO SE COLOCAN CAPITALES

LA AURORA

COMPANIA ANONIMA DE SEGUROS

Capital: 2.000.000 de pesetas.

Seguros marítimos, contra incendios, de valores, rentas vitalicias.

PRIMAS Y CONDICIONES VENTAJOSISIMAS

BILBAO: Estación, núm 5 (En el edificio de la Compañía).
Agencia general de Madrid:

Montera, 20, entresuelo.

Subdirecciones en todas las capitales de provincia.

VINOS SELECTOS DE VALDELAMASA

DEL

EXCMO. SR. MARQUES DE SANTILLANA

TINTOS Tinto. Tinto fino. Cepa Burdeos.

BLANCOS Tipo Sauternes. Ajerezado. Moscatel.

Depósito central, Paseo de Recoletos, número 3, Teléfono 573

Sucursales: Preciados, 42, Teléfono, 1.046.—Magdalena, 40.

únicamente en asuntos de verdadera garantía en poder del capitalista,—pudiendo reintegrarse del capital cuando se desee, y obteniéndose segura una buena renta, cobrada por meses adelantados.

DINERO Sobre toda garantía sólida y conveniente en buenas condiciones.

P. Fernandez

Las mejores aguas termales del mundo. ♦ Cascada para inhalaciones, única en el mundo. ♦ Establecimientos de primer orden. ♦ Magníficos jardines. ♦ Panoramas sin igual.

ALHAMA DE ARAGON

Excursiones al Monasterio de Piedra, verdadero prodigio de la naturaleza. ♦ Temperatura primaveral. ♦ Más de seis mil bañistas en la temporada. ♦ Tarifas módicas.

A. de Fontagud

MALAGA

ACEITES LUBRIFICANTES

ABSOLUTAMENTE NEUTROS

Transmisiones, cilindros, válvulas, transformadores, motores á gas y dinamos.

Cabos de algodón y limpieza de máquinas.

ALBANY Y FRANKLIN

para España y Portugal

ENVIOS Á LAS VEINTICUATRO HORAS DE RECIBIR LOS PEDIDOS

PEDID TARIFAS

LA PAPELERA LEONESA

SOCIEDAD ANONIMA

LEÓN

Fábrica de papeles de paja

Papeles de paja en rollos y fardos de todos gruesos y tamaños.

Cartulinas de paja.—Papeles y cartulinas especiales de colores.—Papeles Calandrados.

RETRATOS

Lo más elegante y barato de todo Madrid

CRUZ, 19

La Estrella

Sociedad Anónima de Seguros

Capital social: Pesetas 10.000.000

Valores depositados en garantía: Pesetas 12.000.000

Administradores, depositarios y banqueros

Banco de Cartagena
Banco Asturiano de Industria y Comercio
Banco de Gijón

AGUA DE LOECHES

La Margarita.

El mejor purgante, depurativo y curativo de las herpes, escrófulas, bilis y sífilis. Esta agua es antiparasitaria y muy reconstituyente. Es el más eficaz de todos los purgantes. Venta en farmacias y droguerías. Al año

MAS DE DOS MILLONES DE PURGAS

FABRICAS DE MOSAICOS PARA PAVIMENTOS

Baños.—Fregaderos.—Pilas para lavaderos.—Peldaños.—Pesebres.—Balaustas.—Lavabos.—Lavamanos.—Tubos de cemento.—Losas para aceras, patios y almacenes, y demás artículos en Granito de mármol y Piedra artificial.
Cemento lafarge.—Cal del Teil.—Portland inglés.—Cemento rápido.—Cemento Lento.—Tuques de grés.—Inodoros, Lavabos y Urinarios de porcelana.—Azulejos.—Filtros.—Losetas catalanas vidriadas y de barro, para cocinas y azoteas.

Alcalá, 14 y 16 ESCOFET, TEJERA Y C.^a Alcalá, 14 y 16
Tres grandes fábricas en

BARCELONA, MADRID Y SEVILLA

VINOS TINTOS DE LOS HEREDEROS DEL MARQUES DEL RISCAL
ELCIEGO (ALAVA)

PIDANSE EN TODOS LOS HOTELES Y RESTAURANTS

DEPOSITO EN MADRID: 14, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 14

EL MEJOR DENTIFRICO

sin duda debe ser el

LICOR DEL POLO

No es esta una afirmación de su autor. Es un hecho proclamado por millones de clientes que vienen usando el inmejorable dentífrico nacional desde hace un tercio de siglo después de desear, por perjudiciales ó ineficaces, todos los dentífricos extranjeros. «Quien pondera á sus hijos no necesita abuela; Lo mio es lo mejor, y al afirmar se hace un gran ridículo. Tal antigüedad cayó en desuso por aquello de «¿Quién alaba á la novia?»

OBSEQUIO Á LOS REPUBLICANOS

¡Ciudadanos! Al influjo de los salvadores principios democráticos Libertad—Igualdad—Fraternidad los pueblos van recobrando su independencia social, su progreso, su esplendor y derrumbándose del corazón de los pueblos las monarquías oligárquicas que alzaron la soberbia y el más ignorante servilismo. Diganlo, si no, los millares y millares de honrados hogares que han sustituido los viejos y feos retratos de sus tiranos por obras de arte. Pero no basta esto; á la manifestación artística hemos de unir la profesión franca de fe republicana y ambos fines se han logrado armonizar en el grandioso y magnífico cuadro oleográfico

APOTEOSIS

DE

LA REPÚBLICA TRIUNFANTE

Constituye el objeto y pintura más artística de que no debe carecer ningún casino ni casa particular de un ciudadano republicano.

Precio: 3 pesetas hasta el 20 de Agosto próximo y se envía franco de porte y certificado. Pasada dicha fecha solo se venderá á 5 pesetas.

Dirigirse á D. Joaquín Grau, Fontanella, 10, Barcelona.

NOTA.—Los pedidos se harán acompañando á los mismos el importe correspondiente en letras de fácil cobro, libranzas de Giro Mútuo ó sellos de correos, debiendo certificar la carta en este último caso.

LOS TIROLESES

EMPRESA ANUNCIADORA

Anuncios, Reclamos y Noticias en todos los periódicos.

Rápidas y económicas propagandas.

Combinaciones especiales y económicas, en inmejorables condiciones para los anunciantes.

Esquelas de Defunción, Novenario y Aniversario, con bonificación en sus precios.

Anuncios en todos los sistemas conocidos y especiales de esta Empresa.

Tarifas gratis á quien las pida. Se remiten á provincias.

Oficinas: BARRIONUEVO, 7 y 9 entresuelo, Madrid.

Teléfono 331.—Apartado de Correos, núm. 40.

PEDRO DOMEQ

Casa fundada en 1730

JEZ DE LA FRONTERA

—Vinos superiores de Jerez—
Vino tinto, tipo Borgoña.
El primer COGNAC
de España.—Jerez
espumoso.

CHAMPAGNE DOMEQ

Representantes en toda
España y el extranjero

Bazar de San Antonio.

PEZ, 1 Y 3, Y CORREDERA BAJA, 29

Primera casa en España en telas, calzado para señora, caballero y niños.

Gran novedad en cestas, plumeros, alfombras é infinidad de artículos.

Inmenso surtido en trajes para niños desde cuatro pesetas, macklerlanes desde 8, gabanes y rusos desde 15,

trajes para caballero desde 15, capas de paño Béjar desde 20, gabanes angora, gran moda, desde 35.

Gran variedad en género para confeccionar á medida, desde 20 pesetas.

Visitar esta casa por ser la más surtida, elegante y económica.

Cortadores de primer orden.—Precio fijo.

CORREDERA BAJA, 29 Y PEZ 1 Y 3